

Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	América y Europa, propuesta de cultura
Autor:	Rumazo, Lupe
Forma sugerida de citar:	Rumazo, L. (1998). América y Europa, propuesta de cultura. <i>Cuadernos Americanos</i> , 3(69), 63-74.
Publicado en la revista:	<i>Cuadernos Americanos</i>
Datos de la revista:	
ISSN:	0185-156X
	Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).
	Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

América y Europa, propuesta de cultura

Por Lupe RUMAZO
Sociedad Europea de Cultura, Ecuador

MÁS ALLÁ DE LA FIJACIÓN que Europa ha tenido en América, estudiada una y otra vez en su vario meandro, y de la marca americana en el viejo continente, espejo uno y otro de dos rostros, o fugas de doble melodía, vale ahora mirar esas corrientes y contracorrientes desde otras perspectivas.

La señalada por Leopoldo Zea en su último libro *Fin del siglo xx, ¿centuria perdida?* que desde un oteo de zancada larga y de prefiguración aún mayor encuentra cómo los rompecabezas mundiales han cambiado de ubicación —nuevo tablero de ajedrez en permanente traslación para entregar muy nueva figura, y “cómo desde 1989, año de la liberación de la Europa del Este y de la caída del Muro de Berlín”, no se acaban ni la historia ni las ideologías como sustentara Fukuyama, ni se empata tampoco el siglo XIX con el siglo XXI, por obra y gracia de una pretendida globalización o de la presencia de un liberalismo reencontrado. Ahora, según se deduce de su análisis, en que Europa pareciera bastarse a sí misma y Estados Unidos, gestor de colonialismos, quiere acercarse a América, es otra y muy otra la evaluación del proceso histórico, de la política cultural, del propio colonialismo que en todo caso seguirá atacando a los marginados.

Se pretende mandar al vacío del cual salió la América descubierta hace quinientos años, a ésta y otras regiones de la tierra en Asia, África y Oceanía, considerándolas prescindibles. Al vacío también la Europa oriental, que en vano pretenderá ocupar un lugar en la opulenta Europa occidental. Paradójicamente, también los Estados Unidos, como el resto del continente americano, deberán pasar al vacío de la historia. Europa no necesita ya de sus armas. Los estadounidenses se verán obligados ahora a tener que contar con los pueblos marginados al sur de sus fronteras y con la gente que de diversas regiones del mundo ha llevado a sus entrañas. En Asia surge un nuevo poder, el de pueblos que han hecho suya la ciencia y tecnología occidentales e inclusive la

mejoran y así pueden competir con el mundo occidental, en la economía del mercado en la que los Estados Unidos han quedado rezagados.¹

Al haber encontrado el filósofo un nuevo tipo de hombre fáustico, el surgido en las “felices” regiones de la Europa occidental, hombre que desconoce al hombre concreto de los marginados — el nuestro — cabe también a éste observarlo desde otra perspectiva cultural. O señalar cuáles son “los manifiestos de los marginados”.

Si bien Leopoldo Zea halla una autosuficiencia en la Europa actual, creo, frente a ello, en la acentuación de una identidad americana, que es manera también de mostrarse suficiente. El hombre marginado en su concreción física, sufriente y maltratado por lo mismo, ajeno a una globalización que no le llega, ha sido sin embargo capaz, en punto a cultura, de crear sus propias propuestas. Influidas, claro está, algunas de ellas por la impronta europea. Pero propuestas en todo caso.

Entregar una propuesta de cultura —una o varias— es impronta de identidad para un país y en términos mayores para un continente. Roza con la identidad, o sea con lo propio e intransferible del ser. Y es lo distinto de ofrecer una propuesta cultural. Ésta, más relacionada con lo externo, con lo radial antes que con el núcleo esencial, es en el fondo acto de simple transmisión difusoria. En cambio, para producirse una propuesta de cultura, ha de existir un tema vital específico y hasta un sistema. Toynbee encontrará que “cada cultura constituye un todo cuyas partes son sutilmente interdependientes”. Un todo, es decir, una totalidad estructurada. Como el *Sistema de la Moda* de Barthes, el *Discurso de la desigualdad* de Rousseau, “La diferencia” de Julia Kristeva, “La educación y la instrucción” de Simón Rodríguez, “El pensamiento utópico” en general, los tres tipos de originalidad en Andrés Bello, el “Poder moral” del Libertador, de Hostos, de Alejandro Korn y de Vaz Ferreira.

En la historia de la cultura ecuatoriana pueden señalarse algunas propuestas de cultura realmente identificables: la porosidad de Eugenio Espejo, el protodirigente, hacia los signos y siglos por venir, no sólo en el aspecto civilizatorio, sino por la manera idealista de lidiar —y el término es apropiado— con la condición humana, hablan de un tratamiento especial del “problema del hombre frente al tema del hombre”. De allí la coexistencia dialógica en interacción y el contrapunto ideológico y la presencia de un tiempo que

¹ Leopoldo Zea, *Fin del siglo xx ¿Centuria perdida?*, México, FCE, 1996.

siempre retorna y al que se imprime un carácter específico, el del ser.² Espejo prolonga en el hoy de su época y en el hoy actual una actitud vital, que en planos literarios retrotrae la sátira menipea, hoy estudiada por Northrop Frye y por Bajtín. Educa desde ella, desde el divertimento doloroso que la nutre, desde la percepción carnavalesca del mundo y sus diversas categorías: “La risa carnavalesca, el simbolismo de las actitudes carnavalescas de coronación y destronamiento, de cambios y disfraces, la ambivalencia carnavalesca y todos los matices de la libre palabra del carnaval —palabra familiar, cínica, franca, excéntrica, laudatoria o injuriosa, etc.”.³ El principio en Espejo de un eterno retorno muy particular, que si construye y edifica no desecha el rescoldo, evidencia una consanguinidad premonitoria con Nietzsche. Hay nuevamente la presencia caminante del círculo pero desde un punzante espíritu de la venganza y de la respuesta que ésta conlleva. Y que para Heidegger, con relación a Nietzsche, constituye “una suprema voluntad de poder”, y se observa el reiterado ejercicio de una identidad pujante que se torna mismidad. Porque, según torna a señalar, “lo más viviente de toda la vida es representar el pasar como perpetuo devenir en el eterno retorno de lo mismo y hacerlo así estable y permanente”.⁴ Propuesta de Espejo que retoma Montalvo con su obra toda y que luego rescata Benjamín Carrión. Los tres desde una convulsiva educadora fragua, desde una delación de paródica dignidad y desde un asenderamiento de la propia voluntad interior.

Otra propuesta de cultura del Ecuador radica en la posibilidad múltiple, presente fundamentalmente en el arte, de romper con la rigidez estática, que es lo característico del ente. Esa apertura hacia la varia posibilidad de mixtura, propia del ser, es lo determinante de una propuesta cultural fidedigna. Más que como expresión de un mestizaje o de una transculturación y aculturación, de por sí presentes, vale interpretarla como una evolución del ente al ser, o como un ejercicio de la libertad frente a la verdad. Se es

² Eugenio Espejo muestra un único ser, el del hombre rebelde a través de su obra. “El Nuevo Luciano de Quito”, contracanto entre el hombre de la Ilustración (Mera) y el médico presuntuoso (Murillo), es respondido por su “Marco Porcio Catón”, crítica del anterior. *La ciencia blancardina* es segunda parte de *El Nuevo Luciano de Quito*, para defender la parte apologetica. Un mismo espíritu va de uno a otro, el de la insurgencia, el de la libertad, el de la educación erguida; véase Eugenio de Santa Cruz y Espejo, *Obra Educativa*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.

³ Mijail M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, fce, 1989.

⁴ Martin Heidegger, “Quién es el Zarathustra de Nietzsche”, *Cuadernos Hispano-americanos*, núm. 150 (junio de 1962).

libre, o sea abierto a lo múltiple porque se otea la verdad, la diversa posibilidad de verdad. Libertad, por ejemplo, es atraer las diversas tendencias del arte contemporáneo actual, más desde los símbolos que desde los planteamientos pictóricos y crear una realidad que las acoja. Tal la Bienal de Cuenca y los nombres premiados: Zaléz y el simbolismo de la muerte, Zerpa y el carnaval, Ianelli y el abstraccionismo, muy latinoamericano, de rayos infrarrojos para significar la simbólica incandescencia, etcétera.

De la distancia existente entre cultura y civilización, ya no en las varias definiciones, también válidas, de Herder, Alfred Weber, Thomas Mann, Oswald Spengler, Arnold Toynbee, Henri Marrou, Philip Bagby, Marcel Mauss y otros, vale acogerse a la filosófica de Juan David García Bacca, que habla de la primera como expresión del espíritu objetivo, es decir viviente, carnal, realmente transustanciado en el humano y de la segunda como el espíritu objetivado, esclerotizado aunque valioso. Pero con la anotación de que ninguna de las dos desborda, es decir sumerge plenamente la individualidad del hombre. Yo entiendo que entregar una propuesta de cultura es brindar un espíritu objetivo y en cambio ofrecer una propuesta cultural es devenir hacia el espíritu objetivado. Tal es también la brecha entre cultura por un lado y gerencia cultural o difusión cultural por otro.

Una creación en literatura, música, arte, filosofía, es expresión de un espíritu objetivo; desplegarla, en cambio, que es lo propio de lo objetivado, roza más bien con el término efectivo pero en mucho exógeno de lo civilizatorio.

A las propuestas culturales señaladas y a las que se pueden añadir otras, ha respondido la Embajada del Ecuador en Venezuela. No por difundir simplemente cultura, que sería materia de agentes culturales, empapados muchas veces apenas en el oficio burocrático de la gestión y del contacto, pero lejos, muy lejos de la esencialidad de la cultura, se trajo a presencia total a Benjamín Carrión —manes de lo señalado con Espejo y con Montalvo—, en el centenario de su nacimiento; se reivindicó la voz colectiva de Ángel F. Rojas —también un caminar en círculo y de eterno retorno, que podría encajarse de alguna manera en los principios señalados después por Canetti en *Masa y poder*—;⁵ o se expusieron en Caracas las obras venezolanas concurrentes en la Bienal de Cuenca, porque las aguas arriba son también las aguas abajo. O se con-

⁵ Elias Canetti, *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik, 1981.

siguió hablara la escritura carnal y viva de Jorge Enrique Adoum en la Semana Internacional de la Poesía, escriba de lo suyo propio y de las sucesivas revelaciones y rebeldías americanas, desde la utopía del *Popol Vuh* en adelante.

Y también lo otro, ya no de la Embajada del Ecuador, como la aparición de la novela de Alfonso Rumazo González, *Justicia, la mala palabra*, finalista del Premio Rómulo Gallegos, para mostrar cómo la Historia está en toda la novela; la Historia como realidad consustancial con el hombre y su devenir y en este caso con el hombre americano. No la historia novelada que es crear expofeso una superrealidad, o un bronir para utilizar el lenguaje de Borges, del suceso histórico. No; la historia como encarnadura y andadura del hombre. Propuesta ésta de cultura, relacionada con los términos ontológicos de libertad y de independencia, ya tratados en México, desde la estricta filosofía, por Leopoldo Zea con relación a Bolívar. Y que justifica Claude Fell, de la Sorbona de París, para la novela de Alfonso Rumazo:

Acabo de recibir hace algunos días su novela *Justicia, la mala palabra*, que, a pesar de mis múltiples ocupaciones y responsabilidades al iniciarse el año universitario, terminé de leer ayer con un interés constante, de la primera hasta la última página. El libro plantea grandes preguntas e inquietudes punzantes del final de este siglo atormentado, y da algunas respuestas cuya filosofía moral y humanista comparto totalmente.

La propuesta de cultura es de difícil oteo ya que no todo entra en esa captación. El término *propuesta* limita el término *cultura*, pero es linderación que permite las corrientes hondas de una poética, subyacentes en un inmenso océano.

El propio inmenso océano de Andrés Bello, con sus veintiséis volúmenes, también ofrece una propuesta de cultura. No sólo por su poesía ya netamente de silva americana, o por su gramática de avanzada frente a la hispánica, o por su gramática latina para pesar el ancestro, o por sus códigos, normadores de la legislación americana sino por las originalidades que le son propias en el aspecto filosófico. Lo americano como singularidad de Bello y más allá de su controversia con Sarmiento, también americano, pero de distinto costado. Al final los dos resultaron defensores o anticipadores, *mutatis mutandis*, de lo mismo: la América.

Aunque el filósofo Gaos en su introducción a la *Filosofía del entendimiento* de Bello considera que ésta “representa la manifes-

tación más importante de la filosofía hispanoamericana influida por la europea anterior al idealismo alemán y contemporánea de ésta hasta la positivista” y sitúa al filósofo venezolano a la altura de Reid y Cousin, es García Bacca sin embargo quien verdaderamente enlaza a Bello desde un estudio filosófico totalizante con la contemporaneidad. Bello así evaluado y desde mirador giratorio viene a ser para la América ya no solamente la voz más importante que dijera Gaos —yo la aparejaría con la de Simón Rodríguez— sino la inaugural frente a varios puntos, tanto como la verdaderamente sincrética de varia teoría filosófica.

“Bello —dirá García Bacca— nos dio con sus obras el ejemplo de una plenaria incardinación al tema filosófico de su tiempo: a la filosofía empirista, científica, psicológica, sin perder su vinculación al sistema más suyo, más nuestro, de la cultura hispanoamericana”.⁶ Encuentra así el filósofo español-venezolano que Bello, a pesar de su rechazo de la filosofía peripatético-escolástica, sustenta determinadas ideas que son propias de tal sistema, pero que aun a ellas supo dotarlas de originalidad. Las pruebas de la existencia de Dios “tomadas del encadenamiento de existencias, de causas-efectos, de medios y fines”, todas de origen escolástico, son por él enriquecidas con concepciones newtonianas de espacio, tiempo y dirección. Más aún, refiere el Maestro cómo además de la profunda versación de Bello en Locke, a quien tradujo, en Berkeley y en Condillac —este último le sirvió para sus estudios gramaticales— y de su conocimiento de la corriente idealista de Descartes, de Malebranche, de Spinoza y de Leibniz, o de su participación en la escuela utilitarista inglesa, tuvo relaciones con James Mill y trabajó para él; descifró los manuscritos de Bentham y pudo por todo ello en su obra filosófica, ya no simple ensayo, ya no simple estudio, dar su propia voz original. Esto es lo muy importante de la indagación garciana, mensuradora y realmente aquilatadora de la obra filosófica de Bello: encontrar cuál es su radial originalidad, a la que llama o bien relativa, o bien de desarrollo, o bien incitante. Tres tipos de originalidad que van a provenir de la obra bellista, una en grande, no concluida, pero de “dialéctica perfecta y decidida”.

Y es respecto de ese tipo de “originalidad incitante” que cabe detenerse: por García Bacca y a través de él, y sólo desde su dominio absoluto de la historia de la filosofía, del análisis filosófico en

⁶ Andrés Bello, *Obras completas. Filosofía*, tomo III, prólogo de Juan David García Bacca, Caracas, La Casa de Bello, 1981.

sí y de la agudeza crítica, Andrés Bello se convierte para América en el filósofo inaugural, para su época y en cierta forma para el futuro. Bello en su análisis del espíritu humano tendrá —según analiza García Bacca— reales entroncamientos con la filosofía moderna; sus estudios de la percepción y del mundo interior y exterior “empalman directamente con el punto de partida moderno: el mundo” (Heidegger). La Lógica, segunda parte de la *Filosofía del entendimiento*, en su crítica de la teoría escolástica del silogismo se anuda por lo menos en tres puntos con la lógica moderna; la revalorización que allí hace de la hipótesis y de la analogía, “es —explica García Bacca— uno de los caracteres de la ciencia moderna, en todos sus tipos y recibe actualmente el nombre de idoneísmo”. Adelantado también en la dirección moderna hacia una fundamentación de la lógica, es por todas esas condiciones juntas “un valor presente, máximo”.

Lo original, sin embargo, puede ser no actual; las épocas rebasan el valor de ciertas ideas. García Bacca encuentra que Andrés Bello supo ser también actual, o sea, “poseedor de poderes de inspiración y guía para el presente”. El filósofo Bello tiene una “dirección gestaltista”, totalizadora originalmente del espíritu; su teoría respecto del conocimiento que tenemos de los cuerpos es compatible, explica, en varios puntos con la física moderna, inclusive con las teorías atómicas; su posición en torno del instinto se entroncaría con una metafísica de la razón vital; tanto como su distinción entre contracción y repugnancia sería idea básica para una ontología de la razón vital; su teoría de las ideas meramente signos podría servir para una posible crítica de la fenomenología. Suma que lo eleva a una magnitud no presentida.

Lo moral, y específicamente el Poder Moral creado por el Libertador, en su magistral Discurso de Angostura el 15 de febrero de 1819, poder de libertad, justicia, moral y luces, y luego reiterado el año de 1826 en Chuquisaca, al presentar su Discurso al Congreso Constituyente de Bolivia en piezas que, como diría Gabriela Mistral, se ofrecen “rematadas” —la esfera del concepto y de la palabra se torna llena— es otra propuesta de cultura americana. Alfonso Rumazo González anuda los dos mensajes en su biografía de Bolívar:

Sorprenden, escribe, dos hechos capitales en este mensaje: que de allí —1819— al proyecto de Constitución para Bolivia —1825— fue muy poco lo que hubo de cambiar el Libertador. Más que todo, ahondó lo rela-

tivo al poder judicial y al ejercicio electoral, y amplió el propósito del senado vitalicio a la propia presidencia, en un angustioso afán por dar estabilidad a lo que era desorientación, anarquía, impreparación, ambiciones y caos. Ni el senado vitalicio fue aceptado entonces, ni lo demás más tarde. Ni siquiera se ensayó el sistema.

El Poder Moral, tan estudiado y engrandecido hoy en sus términos de Libertad como responsabilidad y de Identidad como cambio de espíritu, esencia de un pensamiento bolivariano —véase el ensayo de Leopoldo Zea “Simón Bolívar, integración en la libertad”—, entra por su vigencia y por su caminar en la onda larga de las civilizaciones —éstas según Marcel Mauss, brillante figura del Colegio de Francia, un espacio, un “área cultural”, un alojamiento. Algo que el propio Bolívar comprende al referir que “los errores e infortunios del mundo antiguo enseñen la sabiduría y la felicidad del mundo nuevo” y “que no se pierdan, pues, las lecciones de la experiencia; y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las Naciones con Leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles”. Doctrina moral que forma parte de la historia estructural, llamada así por Fernand Braudel, lenta en desaparecer, pues va en andadura de siglo en siglo, y ya no es más la historia episódica, la del acontecimiento, o la coyuntural, de ondas relativamente cortas.⁷ Lo moral, el Poder Moral camina a través de las centurias y no se agota; tiene la consistencia de la materia valoral. Los principios del Poder Moral corresponden así tanto a una realidad estructural como a una materia valoral. Después de Bolívar será tomada por Hostos, que en su periplo vital va del siglo XIX al XX en una explicitación magnífica y como para comprobar que “cada actualidad reúne movimientos de origen y de ritmo diferentes: el tiempo de hoy data a la vez de ayer, de antayer, de antaño”. Ya en su obra propia define genéricamente la sustancia del poder moral como una social. Su libro titulado justamente *Moral social*⁸ pareciera tomar como germen la “perfección social” buscada por Bolívar, ese anhelo suyo de “hombres virtuosos, hombres patriotas y hombres ilustrados” y ese exhortar a que si “de la Libertad absoluta se descende siempre al Poder absoluto, el medio entre esos términos sea la Suprema Libertad social”.

⁷ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1984.

⁸ Eugenio María de Hostos, *Moral social*, Buenos Aires, Editorial Jackson de Ediciones Selectas, 1945.

La estructura completa del volumen de Hostos basada en una concepción orgánica de las sociedades, por tanto viva, por tanto compuesta de células en trabazón, trata en un primer aliento del individuo, de la familia, del municipio, de la región y de la nación. Todos, en crepitación, pero todos en primer término con una conciencia. “El hombre social —dirá— es un ser de necesidad; el hombre social es un ser de gratitud”. Bolívar expresará al constatar la creación de Bolivia:

Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás a expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites; el hombre es un ser de utilidad, y la ley de asociación universal promueve la realización de ese fin individual y colectivo; el hombre es un ser de derecho; el hombre es ser de deber.

Realidades y relaciones todas que se espera alienten al hombre a una real dignidad humana y social. “En cuanto a la capacidad del derecho, expresará el notable filósofo puertorriqueño, para ligar el individuo con su especie, el hombre con la humanidad, el sumando con la suma, el destino personal de cada uno con el destino específico de la raza entera, es patente”. Ese derecho que también es crepitación del Libertador al decir en Angostura: “Si no hay un respeto sagrado por la Patria, por las Leyes, y por las autoridades, la Sociedad es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo”. Y en Bolivia: “Legisladores, la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La Ley que la conservara, sería la más sacrílega”.

El deber en Hostos —“sin deber no hay moral”—, por otra parte, será el encargado de frenar una conciencia desbocada, “porque la función suya en el organismo espiritual del hombre y en la economía moral del mundo es tan ordenadora, como necesariamente había de ser para hacer del orden social un orden complementario del de la naturaleza”. El deber al que justamente apela el Libertador, ya en el Discurso de Angostura, ya en el presentado al Congreso Constituyente de Bolivia: “El desarrollo moral del hombre es la primera intención del Legislador”.

Todas estas “leyes de civilización” presentadas en el ayer por el Libertador, traídas desde el oscuro mundo antiguo y más allá de lo que él calificó de “cándido delirio”, luego por Hostos —hombre de dos épocas, como he señalado, situado entre los siglos XIX y XX— han permitido meditar en un primer peldaño en

civilización y cultura para acogernos más a la primera; en la historia estructural, y en estación última en los valores. Santander, en carta al Libertador de fecha de 21 de abril de 1826 y comentando los postulados fundamentales de la Constitución para Bolivia, acierta al decirle: “El poder moral encantará a los filósofos”.

Y les encantará en efecto, en tiempo en progresión hasta llegar al hoy —Leopoldo Zea, vale por la América pensante; y antes Vaz Ferreira con su *Fermentario* y con su *Moral para intelectuales* y Alejandro Korn con su *Libertad creadora*— por su relación filosófica con la “Teoría de los valores” de Scheler.

El Poder Moral se ofrece con las condiciones de los valores, entes ideales “con un original tipo de existencia o consistencia en sí; que permanecen constantemente aunque oscile su fundamento real; independientes de la realidad y pertenecientes a un universo jerarquizado, de orden con rango”.⁹ El Poder Moral pleno en cualidades valorales —la libertad, la justicia, el derecho, la equidad, el saber, la honradez, la unidad, la virtud— habla para pervivir, con una vigencia que si en algún momento se oculta, siempre refulge. Es poder, además, que como auténtico valor no admite el paso de una materia valoral a su contraria, a menos que se elimine a la primera. El Libertador y su historia no aceptarán nunca ni dialogarán con la injusticia, con las componendas, con la tiranía, con la farsa, con la servidumbre. Desconoce el grande hombre la máscara.

Todas estas propuestas de cultura, unas de añeja presencia, caminantes varias, otras prefiguradoras, algunas nuevas, son las figuras de la Isla de Pascua que América brinda a Europa. Están frente al continente americano y ante el océano; es decir, brotan como síntesis escultórica de esa tierra y de ese mar. Europa podrá verlas. Si ha habido una marginación del hombre americano, la cultura ha permitido una afirmación. Europa tiene también sus propias propuestas de cultura, también con sustrato humano. Ya me he referido al contrato social, a la *diferancia*, al sistema de la moda. Se pueden citar otras europeas ya muy conocidas: el Renacimiento, el Romanticismo, la Enciclopedia, el grotesco, el existencialismo, el estructuralismo. Y de la ribera americana: el barroco, el realismo mágico, el modernismo, el indigenismo, el intrarrealismo, la suma de la filosofía sin más, algunos ismos, la oralidad.

⁹ Juan David García Bacca, *Nueve grandes filósofos contemporáneos y sus temas*, Barcelona, Anthropos, 1990.

No se va a detener la historia y más aún una de engullidor apetito. No van a desaparecer por ahora las monopólicas instancias que favorecen a unos y a otros no. Tampoco se puede decapitar a toda una centuria —la del siglo xx— como pretende Fukuyama. Pero sí va a continuar el hombre de cultura y la cultura en sí ofreciendo su recado propio, indestructible.

Ángel Rosenblat, el gran filólogo, en su libro *La primera visión de América y otros estudios*¹⁰ cree que la primera imagen de América fue para el descubridor y luego para el conquistador una imagen onírica. Se entregaba un sueño europeo al lar americano. No habla en profundidad de la colonización y sus desafueros, pero sí cree en la europeización de América —se trasladó toda una cultura, anota— y en la americanización de Europa. Unamuno, más tarde, corroborará esa mixtura. Rosenblat explica desde el lenguaje, desde la evolución de la palabra, cómo América va creando sus propias voces. Y cita al filólogo alemán Friedrich August Pott:

¿Es acaso un milagro que las lenguas europeas trasplantadas a América se manifiesten cada vez más infieles a las formas de expresión del suelo materno? ¿Se va a creer por ventura que las lenguas descendientes del Lacio puedan, en suelo americano, sustraerse totalmente al destino que les deparran las leyes generales de la naturaleza? Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de pensar y de expresarse.

Y la magia del nombre, a la que el filólogo argentino analiza en ladera que parte desde la antigüedad; el nombre al que se “lo ha sentido como esencia o parte indisoluble del ser” es también, entre otras, propiedad americana. El lenguaje, en fin, para distinguirnos. El lenguaje en el origen mismo del ser americano, según nos cuenta el *Popol Vuh*, libro sagrado de los maya-quichés de Guatemala: “Existía el cielo, y también el Corazón del Cielo, que éste es el nombre de dios y así es como se llama. Llegó aquí entonces la palabra, vinieron juntos Tepeu y Gutumatz, en la oscuridad, en la noche, y hablaron entre sí. Hablaron, consultando entre sí y meditando se pusieron de acuerdo, juntaron sus palabras y su pensamiento”. El lenguaje en suma como estamento básico de más de una propuesta de cultura, allende y aquende.

Termino, en anudación de círculo, con la asunción para América y para el mundo entero del recado de Albert Camus. Hace

¹⁰ Ángel Rosenblat, *La primera visión de América y otros estudios*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1965.

varias décadas, en su volumen de ensayos *Ni víctimas ni verdugos*,¹¹ nos dice que el siglo xx ha sido el del miedo y el del terror, el de una historia que ha arrastrado en voltarena al hombre y que ha impedido que se refugie en una intimidad creadora y solidaria y prefiera por obra de complacencia la abstracción sin responsabilidad; que el final de las utopías absolutas ha llegado —la utopía de la justicia, la de la eliminación del crimen— pero que existe todavía la posibilidad de la utopía relativa; que hay un anacronismo entre el pensamiento político y la realidad histórica; que el acontecimiento de la centuria ha sido el abandono de los valores de la libertad pero que ésta y la justicia están encabaladas, es decir íntimamente anudadas; que no se puede separar la cultura del trabajo y que “todo aquello que humilla al trabajo, humilla a la inteligencia y viceversa”. Albert Camus, que prefigura la voz de Leopoldo Zea, también meditación sobre un siglo de la muerte nunca perdido, sobre la cultura como trabajo y como rescate del hombre que sufre y que es marginado.

Creo que esas dos voces, ya de Europa, ya de América, se compaginan y ya no es la de esta ribera juzgada como la expresión de la barbarie. Las dos pertenecen a “esa raza de hombres que mantienen el honor de vivir”. Las dos y las de los otros que se han atrevido a entregar sus propuestas de cultura, o lo que es lo mismo sus alegatos ya de humanidad, ya de vida. Lo dirá Camus: “Nuestra fe está en marcha en el mundo. Paralelamente a la fuerza de violencia y de muerte que oscurece la historia, marcha una fuerza de persuasión y de vida, un inmenso movimiento de emancipación que se llama la cultura y que se realiza al mismo tiempo por la creación y por el trabajo libre”.

¹¹ Albert Camus, *Ni víctimas ni verdugos*, 2a. ed. ampliada, Buenos Aires, Reconstructuir, 1960.